

EL DESVAN

María subió cada peldaño muy despacio, como si cada uno le trajese un recuerdo, un olor, un sentimiento distinto. Recordaba como si fuese ayer las veces que subía a ese desván, de pequeña a esconderse detrás de cualquier mueble jugando con sus primos, y de adolescente a mirar con nostalgia desde la ventana preguntándose dónde estaría, por qué se había marchado.

Faltaban tan sólo dos semanas para ese gran día, y ahora, más que nunca la echaba de menos. La excusa para volver a aquella casa, para subir al desván, era que necesitaba recuperar un pañuelo bordado con hilo de seda que su madre le hizo, y que siempre fue su amuleto, hasta que decidió que volviese a estar en el lugar donde ella lo había guardado desde siempre. Pero en realidad necesitaba sentirse cerca de ella, necesitaba sentir su calor, su olor, y recorrer las mismas estancias dónde ella solía estar. Ese desván era su lugar mágico. Por las tardes, cuando el sol de primavera bañaba la estancia, subían las dos, ella cosía y María pintaba. De vez en cuando levantaban la cabeza de sus tareas y sus miradas se cruzaban, había complicidad, había magia, María miraba a su madre con admiración y ésta a su vez le devolvía la mirada llena de ternura. Se sentía segura y protegida a su lado, quizás también porque ella siempre le decía:

-Mi tesoro, no tengas miedo, nunca tengas miedo, porque yo siempre estaré a tu lado.

-¡Mentira! ¡Mentirosa! ¿Por qué me mentiste? ¿Por qué no estás ahora a mi lado?

María no pudo evitar que esas palabras salieran de su boca, fue como intentar ahogar en un grito toda esa mezcla de sensaciones que de repente brotaron desde el fondo de su alma y sentía que le oprimían el pecho. La necesitaba tanto...

Tal vez si las cosas hubieran sido distintas, si en vez de ese padre hubiese tenido otro, si en vez de conocer a ese hombre ella se hubiese casado con aquél primer amor del que tanto le había hablado y nunca pudo olvidar, quizás ella ahora estaría a su lado.

¿Somos nosotros los que decidimos, o en algún lugar hay un libro escrito con tinta indeleble donde está decidido ya nuestro destino? Seguro que todos en algún momento de nuestra vida, nos hemos hecho esta pregunta, pero nadie tiene la respuesta...porque la respuesta está en nuestro interior. Y pocas personas consiguen bucear hasta el fondo para encontrarla. El destino nace y se hace, hacemos camino al caminar. Por decirlo así, venimos programados pero tenemos la capacidad de reprogramarnos. Gozamos de libre albedrío lo que nos impone una tremenda responsabilidad: Somos pequeños dioses dentro de nuestro mundo.

Quizás por esta y por muchas más preguntas como ésta, para intentar entender el por qué o el cómo de todo esto, decidió estudiar psicología. Necesitaba entender esto, y sobre todo, poder ayudar a los demás a evitarlo o, en su defecto, a superarlo.

Su padre nunca fue demasiado cariñoso ni atento con ella, pero a ella no le importaba, porque todas sus necesidades su madre las cubría con un manto de amor.

Al principio todo parecía normal, o al menos todo lo que ella había conocido hasta entonces. Pero una mañana despertó con unos sollozos que venían del desván. Subió con sigilo y encontró a su madre sentada en el suelo. Con las manos tapaba su cara. María se acercó a ella, y retiró con dulzura las manos. Ella no opuso resistencia, su actitud era de derrota...y en aquél momento comenzó a entenderlo todo.

Entendió por qué su madre siempre hablaba de su padre con tanto respeto, que a ella a veces le parecía que más que respeto fuese miedo. Entendió por qué pasaba tantas horas en aquél desván...era su refugio. Entendió por qué muchas veces llevaba en los brazos moratones y rasguños y entendió por qué la luz de sus ojos se iba apagando lentamente.

María era demasiado pequeña para entender nada, y por supuesto para hacer nada, pero sabía que algo no iba bien. No todo el dolor es físico, no todo el sufrimiento se experimenta en forma de moratón, el peor dolor es el que no se ve, el que no se percibe con los ojos, el peor dolor es el del alma...

Un día despertó, y su madre ya no estaba. Le dijeron que estaba en el cielo, y que desde allí la protegería por el resto de su vida. A su padre tampoco lo volvió a ver nunca, le dijeron que había hecho algo muy malo y que debía olvidarse de él.

María creció y aprendió a ser fuerte, las circunstancias que le había tocado vivir, junto con el amor que le dio su madre, hicieron que aflorara en ella ese sentimiento de justicia que le había llevado finalmente a dedicarse a la abogacía, y defender a todas esas mujeres indefensas, oprimidas, llenas de miedo, angustia y dolor.

Y fruto de todo ese trabajo y esfuerzo, creó un protocolo de actuación que minimizó casi hasta su eliminación cualquier tipo de violencia contra la mujer e hicieron que su labor se reconociese con ese premio que hoy recibía.

En su mente y en su corazón, siempre ella, la que le dio la vida y le enseñó el valor del amor y la justicia. Y a ella le dedicó ese premio. Subió al estrado, sacó un papel pulcramente doblado y comenzó a leer:

A mi madre...

Así, soy en ti,
tu sacrificio y tu dolor me marcaron
y forjaron en mí el concepto de la justicia
tus blancas manos artesanas tallaron en mí
la verdad, el trabajo y el honor.

La clara concepción de tus caminos
me lleva transparente por las sombras,
recojo el mensaje de la vida
que en el bautismo de mis días,
tus ojos grabaron en mi memoria.

Día a día seguí tus lágrimas
y noche tras noche caminé tus oraciones;
te vi caer de las sombras del dolor
cuando la noche rompía tu fortaleza.

Y hoy que soy un huracán desmedido de ilusiones,
vivo la pasión y el amor
con la misma intensidad que has vivido tu dolor.

Tus brazos siempre se abrirán cuando necesite un abrazo.

Tu fuerza y tu amor me guiarán, y me darán alas para volar.